

publicado una nota prohibiendo a los estudiantes llevar tales símbolos. Lo cierto es que en ningún momento se había formulado tal petición. De no haberse publicado en la prensa la falsa noticia, los jóvenes grecochipriotas jamás habrían tenido el valor de organizar tal ataque. Como resultado, hemos de entender que el ataque fue provocado para explotar las diferencias religiosas.

Pero sin duda el deber de un Chipre que es miembro de la Unión Europea es asegurarse de que esas personas que intencionadamente engañan a otras con una conducta discriminatoria y chauvinista desaparezcan del centro de la escena. En lugar de incitar a la gente a pelearse, podríamos crear un futuro estable si decidimos establecer un diálogo que fomente el entendimiento. Sería bueno que nos decidiéramos a aprender y defender los valores del amor y la tolerancia en la isla de Afrodita, mostrando respeto por las diferencias religiosas, lingüísticas y raciales, además de aceptar el derecho de los otros a vivir dignamente.

Inspirándonos en estas ideas, el 17 de diciembre de 2004 mi colega grecochipriota Alekos Konstantinides y yo mismo empezamos a publicar el periódico *Cyprus Dialogue*. Este semanario, publicado

en tres idiomas (inglés, griego y turco), aspira a mejorar la comunicación y el diálogo entre las dos comunidades de Chipre, y contribuir a la búsqueda de una solución al problema de la isla. No es tarea fácil mantener un periódico en funcionamiento sin ninguna afiliación ni apoyo económico nacional o extranjero, contando únicamente con los ingresos derivados de las ventas y la publicidad. Teniendo esto en cuenta, trabajamos tenazmente para tratar de superarnos. Contamos con quioscos que ofrecen el periódico especialmente en los pasos fronterizos, y para la gente se ha convertido en un hábito coger un ejemplar gratuito. De ese modo se mantienen informados sobre los acontecimientos de ambos lados de la frontera.

Hoy en día resulta extremadamente importante y necesario reemplazar el conflicto, el terrorismo y todas las actividades ilegales por el diálogo. Así, las publicaciones que fomentan este diálogo desempeñan un importante papel a la hora de hacer posible el proceso. Creo que las diferencias culturales y demás problemas experimentados en Chipre pueden representar un importante ejemplo para otros países europeos y mediterráneos que están trabajando para mejorar sus relaciones internas.

Los binacionales: entre la marginación y la esperanza del diálogo

Randa Achmawi. Periodista y representante en Egipto del Club de la Presse Méditerranée

Con ocasión del décimo aniversario del Proceso de Barcelona, publiqué un artículo titulado «Ahogados en el fondo del Mediterráneo», cuya idea principal me sigue pareciendo bastante pertinente en vistas a contribuir de manera constructiva al futuro de las relaciones entre la cultura occidental y la arabomusulmana. El artículo en cuestión expresaba, con una cierta elocuencia, el sentimiento de desamparo que experimentan todos aquellos que se encuentran, en un momento en que las tensiones entre culturas son cada vez más fuertes, acorralados en el espacio que separa a esos dos mundos: el norte y el sur del Mediterráneo. Pero también señalaba que esas mismas

personas que tantas dificultades tienen para encontrar su propio lugar entre ambas culturas, podían ser en cambio de mucha utilidad cuando se producen crisis de comunicación. En tales momentos, pueden desempeñar un papel de puente y ayudar a deshacer ciertos malentendidos.

Abocados a la incomprensión

En realidad, en unos momentos en que el extremismo está consolidando su existencia, tanto en un lado como en el otro, para la inmensa mayoría de

las personas a las que llamaré aquí «binacionales» (y de las que yo también formo parte), la vida no es nada fácil. Estos ciudadanos, que llevan en sí mismos las dos culturas debido a los viajes, los desplazamientos prolongados o la inmigración, a menudo se encuentran en el punto de mira, y en situaciones en las que se ven abocados a verse incomprendidos, discriminados y hasta excluidos, tanto en su patria de origen como en la de adopción. Tomé conciencia de esta situación con ocasión de un incidente que tuvo lugar durante una comida entre amigos, un *iftar* (ruptura del ayuno), en el transcurso del mes del ramadán. En aquella ocasión me vi de golpe y porrazo señalada con el dedo, acusada de ser una mala musulmana que defiende ciegamente los valores y puntos de vista occidentales. Ese incidente tuvo lugar porque me había atrevido a criticar el comportamiento de buena parte de mis compatriotas egipcios, los cuales se habían decantado por adoptar el papel de víctimas y habían cedido pasivamente a la tiranía de los movimientos que, según mi opinión, predicán la islamización de la sociedad (una opinión que mis amigos consideraron ofensiva). Considero que ciertas manifestaciones, como la adopción cada vez más extendida del velo o la barba, son reacciones naturales a las frustraciones a las que tienen que enfrentarse buena parte de los habitantes del mundo arabomusulmán.

El comportamiento de mis amigos podía interpretarse fácilmente como una especie de huida de la realidad, una búsqueda de refugio que les será otorgado por medio de un ejercicio del islam interpretado, la mayoría de veces, del modo más arcaico u oscurantista. Lejos de pretender darles lecciones sobre las buenas o malas prácticas de una religión, traté de hacerles entender que los valores del islam (como sucede con los de cualquier otra religión) no se limitan a un cierto número de prácticas, ni a una vestimenta determinada. El problema de hoy es que algunos creyentes parecen haber perdido sus referentes. No obstante, en aquella ocasión lo que más me preocupaba era el hecho de que mis declaraciones hubieran despertado reacciones adversas y ataques entre personas a las que hasta ese momento consideraba modernas y abiertas.

Así pues, ¿qué ha sucedido? ¿Por qué, de la noche a la mañana, incluso aquellos que hasta hace poco tiempo formaban parte de los más moderados

en las prácticas religiosas reaccionan hoy con una susceptibilidad a flor de piel a la menor crítica, y se convierten en abogados de las ideas difundidas por las corrientes fundamentalistas? ¿Por qué se emiten declaraciones ofensivas y se ataca cualquier opinión que pretenda recordarles a los musulmanes, ya sean moderados o fundamentalistas, que en el siglo XXI no se puede seguir resistiéndose a la modernidad? Frente al inmenso repliegue identitario de poblaciones enteras, cada vez es más difícil deshacer ciertas amalgamas y clichés. En el caso del mundo arabomusulmán, los clichés más corrientes son, sin duda, la visión de Occidente como un homólogo del gran Satán, y la creencia de que abrirse a la modernidad implica abandonar la identidad, las tradiciones o la cultura propias.

En Occidente, donde también existe un repliegue identitario, la situación no es mejor. Por una ironía del destino, en el mismo período en que recibí las críticas de mis amigos musulmanes, uno de mis amigos europeos, de talante muy abierto, criticó vivamente mi comportamiento durante una conversación porque, según sus normas, estaba excesivamente influido por el islam. Este hecho muestra que él, como la gran mayoría de europeos, no puede concebir o aceptar la existencia de sentimientos religiosos en el «otro». En el viejo continente, actualmente hay muchas personas que viven encerradas en convicciones secularistas tan intransigentes como las más extremas de los fundamentalistas religiosos. Y esos predicadores del «fundamentalismo laico» también pueden ser con mucha frecuencia víctimas de los lugares comunes y las imágenes estereotipadas, como la de que cada musulmán puede ser peligroso e incluso un terrorista. El mejor ejemplo de ello lo constituyó, sin duda, la famosa crisis de las caricaturas del profeta Mahoma. En nombre de la libertad de expresión, se defendió (y se sigue defendiendo, aunque el tema aún suscite numerosas polémicas entre los profesionales de los medios de comunicación) el derecho a propagar imágenes cargadas de estereotipos negativos respecto a miembros de diferentes comunidades, como, por ejemplo, los musulmanes. Sin duda, se trata de cuestiones que colocan a los periodistas frente a un dilema fundamental: ¿Qué hay que hacer de ahora en adelante para conciliar la libertad de prensa y el derecho de los individuos y los grupos a no ser objeto de

discriminación? ¿Cómo preservar los principios de independencia de la prensa, piedra angular de toda democracia, sin atentar contra los miembros de las diferentes comunidades y propagar estereotipos que pretenden perjudicar su imagen?

Actores naturales del diálogo

Pero ¿qué pueden hacer los binacionales ante una realidad en la que prevalecen el ataque y el contraataque? ¿Qué hacer en una situación que se parece a un peligroso campo de batalla, donde las mortíferas balas vuelan en todas direcciones?

Al tener el privilegio de poseer una percepción que abarca unos horizontes culturales muy diferentes (el de su tierra de origen y el de su patria de adopción), los «ciudadanos de dos mundos» son capaces de poseer una fina comprensión de las mentalidades de los miembros de las culturas que eventualmente se hallan en conflicto. Los binacionales no necesitan haber realizado largas investigaciones en el ámbito

de la antropología para captar los matices de las relaciones interculturales. No sólo son capaces de comprender las diferencias naturales entre las culturas (relativamente visibles entre la cultura occidental y la arabomusulmana), sino también de reconocer y señalar los campos en los que la comunicación y la armonía son más fáciles, y aquellos otros en los que éstas resultan más problemáticas y espinosas.

Sé bien que habrá quien opine que este trabajo es trivial, especialmente porque vivimos en un tiempo en que la globalización se ha apoderado del planeta, y los medios de comunicación propagan informaciones entre continentes en milésimas de segundo. Pero gracias tal vez a una ironía del destino, en estos días de principios del siglo XXI estamos asistiendo al mayor repliegue identitario jamás conocido entre Occidente y el mundo arabomusulmán después, posiblemente, del período de las Cruzadas. Así pues, ¿acaso estos actores tan expertos no merecen una oportunidad? Estos diplomáticos naturales tienen un único compromiso: conseguir promover el diálogo y la armonía entre Occidente y el mundo arabomusulmán.

Transculturalismo e identidad de relación

Yolanda Onghena. Programa de dinámicas interculturales, Centro de Investigaciones de Relaciones Internacionales y Desarrollo, Fundació CIDOB

A pesar de que no es fácil vivir la diversidad cultural, ya es hora de empezar a asumirla como una realidad que nos pertenece. Nuestra experiencia está formada por elementos muy diversos y nuestra cultura, como cualquier otra, necesita cuestionar y reinterpretar estos elementos propios y ajenos como un proyecto continuo. Es hora de dejar de plantear la diversidad únicamente a partir de un inquietante «otro», un intruso que podría desestabilizar nuestra seguridad. Cuando hacemos *zapping* paseando por programas televisivos de todo el mundo, encontramos que esta diversidad forma parte de un nuevo estilo de vivir cosmopolita que nos gusta, pero al mismo tiempo tememos que haya niños extranjeros en algunas escuelas de nuestra ciudad. La diversidad nos da miedo. No

sabemos cómo tratar las tensiones sociales y morales que trae consigo y, por ello, casi todos los esfuerzos de una sociedad se concentran en organizar aquello que es diferente para controlarlo; demostrando y acentuando diferencias, más que asumiéndolas.

Necesitamos categorizar lo desconocido para poder estar seguros de que lo extraño no nos inquieta, ni nos amenaza. La manera más sencilla de comprender el desorden, que no lo es tanto por su contenido sino por el ritmo vertiginoso con que se presenta, es clasificarlo en categorías: «nosotros» y «ellos», los «buenos» y los «malos». Utilizamos la identificación cuando hablamos de todos aquellos que están dentro y categorización, cuando nos referimos a los de fuera.